

## LA RED

Águeda vive en el tercero derecha y no sabe nada. Cuando se cruzan en el descansillo, sonrío y le pasa la mano por el antebrazo. Vive sola, y una tarde la invitó a su casa a tomarse un café, pero ella negó con la cabeza después de mirar el reloj, porque la comida tenía que estar lista a las tres en punto. Águeda, con tono interrogante, murmuró *tal vez otro día*, como si esperase algo concreto en la respuesta, pero en realidad no sabe nada. En el quiosco, Federico la mira durante más tiempo de lo normal, a pesar de que no sabe nada. Le tiende el periódico deportivo y ella comprueba que las esquinas no estén dobladas. Si lo están, lo cambiará por otro ejemplar, para evitar líos. Coge el euro ochenta y se lo tiende a Federico, que cuando cierre la mano apretará un poco los dedos sujetando los suyos, como si quisiera decirle algo, aunque termine solamente musitando *hasta mañana*, porque, en el fondo, no sabe nada. Al llegar a casa ella contesta al teléfono y habla unos minutos con su madre, que no sabe nada, pero se le inunda la voz de angustia si ve que tarda demasiado en responder. Como cada día, le pregunta si va todo bien, remarcando mucho ese *todo*, que a saber qué contiene, y ella dirá *sí, todo*. Su madre masticará esa respuesta como pueda, colgarán despacio, y su madre agachará la cabeza porque bueno, realmente, no sabe nada. Después, de noche, con el silencio aplastado de la casa y la respiración de los niños lenta y acompasada, porque, en realidad, ellos tampoco llegan a saber nada, ella cerrará los ojos por debajo de la sábana y aceptará lo que pase a continuación por encima de su cuerpo. Mientras ella resista, todo alrededor permanecerá intacto, quieto, ignorante, aunque se sienta equivocadamente sola. Ella resistirá, sí, seguramente hasta el infinito mismo, pero un día cualquiera, un miércoles, por ejemplo, Federico no le soltará los dedos en el quiosco, y en lugar de *hasta mañana* dirá, *vamos a ir a por él*. Águeda, en el descansillo, abrirá la puerta de casa y no la invitará a tomar café, sino que dirá, *aquí vas a meterte con los niños hasta que venga la policía, tengo un cerrojo*. Y su madre, en lugar de llamarla por teléfono con los dedos cruzados en el bolsillo del delantal esperando a que descuelgue, marcará el número de la comisaría y pondrá la denuncia en su nombre. Esa noche, acostada en una cama del cuarto de invitados de la vecina, con un niño a cada lado, como dos animalitos, ella sacará la

cabeza de debajo de la sábana, clavará la vista en el techo y por primera vez en mucho tiempo, dormirá.

*Juncal Baeza Monedero*  
**I Mención especial de Relato Breve**  
VI Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*